

Reverendo Señor Arcipreste, Reverendo Sr. Director Espiritual y Señor Presidente de la Junta Local de Hermandades y Cofradías, Ilustrísimo Sr. Alcalde, Dignísimas autoridades municipales, Hermanas y Hermanos Mayores, Miembros de Juntas de Gobierno de las distintas Hermandades y Cofradías de Penitencia y Gloria de nuestra ciudad, hermanas y hermanos en la fe, Señoras y Señores.

Permítanme, al comienzo de esta presentación, que encuadre este acto dentro de la celebración eclesial del año 2000. Desaprovecharíamos esta oportunidad, si no señaláramos que toda la vida del mundo cristiano está marcada, histórica y espiritualmente, por el significado del Año Santo Jubilar. Y también lo tiene que estar este acontecimiento que hoy desarrollamos. Nosotros, los cofrades, no vivimos al margen de esta realidad aunque, a veces, nos puedan reprochar que nos encerramos en nuestras campanas de cristal. Somos, hoy por hoy, en el mundo en el que vivimos una fuerza viva de la manifestación de la fe de nuestro pueblo.

Por lo que, en un esfuerzo que llevamos realizando en los últimos años, estamos reforzando nuestras actitudes hacia esas nuevas fórmulas que necesita la nueva evangelización, renovando nuestros métodos y buscando un nuevo ardor a la luz del Evangelio, que nos levante de la comodidad y de la reiteración de gestos vacíos y sin contenido, motivados por la apatía y la pérdida de los verdaderos valores. Esperamos, diría más, anhelamos, los frutos del Sínodo Diocesano que nos orientará, junto a toda la Iglesia Local, en esta tarea de afrontar el III Milenio de la venida de Jesucristo.

Y quizás, en esta renovación hayamos abierto ya una ventana a la esperanza. Cuando la crítica fácil, basada en fríos datos sociológicos o estadísticos, indica que la juventud española se aleja cada día más de aquellos valores que la hacen crecer en su dimensión espiritual; para dejar paso a todos esos anti-valores que cualquiera de nosotros podría citar.

Como digo, ha nacido una esperanza. Por dos años consecutivos, vienen subiendo a este lugar jóvenes linenses, que son y representan la tan necesaria afirmación de que en la vida de los jóvenes de este pueblo siguen cabiendo los verdaderos valores humanos y cristianos, cuyo referente siempre es el Jesucristo del Evangelio.

Hoy por hoy, es un hecho incuestionable que la Iglesia local y, por ende, el mundo que gira alrededor de nuestras queridas hermandades, cuenta ya con un elenco de jóvenes que están preparados para asumir los retos que la sociedad y la Iglesia nos impulsa a tomar.

Crecidos y formados en una sociedad democrática, donde las ideas de todos caben en el diálogo y en el respeto plural a la libertad, la justicia y la paz.

Educados en la fe de una Iglesia renovada a la luz del Evangelio y de la gran profecía del Concilio Vaticano II, orientada desde el magisterio del pastor, y asumiendo nuestro papel de protagonistas como laicos en la corresponsabilidad pastoral de nuestra fe.

Y, como no podía ser menos, asumiendo tareas de animación y servicio dentro de las Hermandades y, especialmente, en las Juntas de Gobierno.

Por lo tanto, vemos como se aleja el temor, de hace unos años, de cómo integrar a los jóvenes en nuestra Cofradías. Porque esos jóvenes ya se han integrado y han asumido su importante papel, siempre al lado de quienes dan el necesario temple de la madurez y el saber de la tradición. Mirada profética hacia el futuro, para no repetir errores del pasado.

Si en la edición de 1.999, conjugábamos la seriedad y la profundidad con la fuerza y la ilusión de José Enrique Díaz Ruiz, que nos dejó a todos impresionados con su Pregón, impregnado con suaves aromas de Granada, que de marcado color morado y con zancada segura, evocaba a un Cristo Nazareno que va manifestando a los cuatro vientos el Gran Poder de Dios en el Jueves Santo.

En este año, volveremos nuestra mirada hacia el Domingo de Ramos, para buscar la serena alegría y la brillantez de unos colores que presagian ya el Triunfo de Cristo sobre la muerte.

Quien les va a pregonar este año, proviene de una Hermandad donde todo es posible; desde la dulzura de la mirada de un niño o niña, que viste por primera vez una túnica de nazareno (incluido sus nervios y los de su familia), hasta las emocionadas lágrimas de un joven en su primera chicotá como costalero. Es verdad, una Hermandad de niños y jóvenes nacidos y crecidos a la sombra de un Colegio, el Salesiano. Y ¿dónde mejor podríamos estar? Protegidos por el manto de María Auxiliadora y bajo las enseñanzas de nuestro padre y maestro San Juan Bosco.

Sí, jóvenes pero no ingenuos, sabemos de nuestras limitaciones y de nuestras responsabilidades. El porqué de una cuidada preparación de los cultos y rigurosa seriedad en la Estación Penitencial, una participación activa en el compromiso de formación, una exigencia personal y colectiva en la tarea encomendada, realizada con rectitud. Siempre hemos tenido a hermanos con más edad con nosotros, que han sido y son unos buenos maestros, pero el relevo ha sido entregado y hoy es el momento de demostrarlo.

De allí han salido un incontable número de costaleros hacia todas las Hermandades: son la cantera y el futuro. De allí, han salido por primera vez en una estación de penitencia muchos nazarenos, que luego han marchado a otras Hermandades vinculadas a sus familias, de su barrio o de su devoción. Incluso algunos han asumido responsabilidades de Gobierno. Y por qué no decirlo también, han salido hacia la consagración total de sus vidas en el ministerio sacerdotal y a la vocación religiosa, una cantera que esperamos siga creciendo.

Es éste, un año muy especial para nosotros, donde uno de los acólitos profesará sus votos de consagración como salesiano allá por Agosto. Pero todo será una gran fiesta cuando por Mayo, en la Capilla de sus Titulares, celebre su primera Eucaristía, tras su ordenación sacerdotal, Manuel Ernesto Granja, para orgullo de sus padres y satisfacción de todos nosotros, sus hermanos cofrades, y amigos. Un año donde otro hermano de esta Corporación pregonó anoche la Semana Santa de Los Barrios; donde el capataz de la Cofradía hermana de la Entrada Triunfal de Algeciras está pregonando en estos momentos. Un año donde la Hermandad, Dios mediante, hará Estación de Penitencia hasta la Santa Iglesia Catedral en el Sábado Santo, junto al resto de hermandades trinitarias y salesianas, por invitación de la Hermandad del Santísimo Cristo de las Cinco llagas de Sevilla. Muchos acontecimientos que tienen como principio y anticipo este Pregón de la Semana Santa del año 2.000. En este contexto y de esta Hermandad, proviene el pregonero de este año. No ha sido, pues, ni la casualidad ni el azar.

Nuestro pregonero tiene 27 años, es linense de nacimiento y de corazón. Su familia está muy vinculada a la Hermandad de la Entrada Triunfal, donde ingresa a los 12 años. Sus hermanos ocupan y participan activamente en la vida cofrade. Uno es acólito, otro colaborador, otro costalero y a su vez es tesorero de la Hermandad y Oscar, que además es religioso salesiano, y también colabora y participa cuando sus obligaciones pastorales se lo permiten. Ingresa en la Corporación no como nazareno, sino como acólito, donde ejerce sus funciones asiduamente en las celebraciones

litúrgicas. Alumno del Colegio Salesiano se va impregnando del carisma de San Juan Bosco, poco a poco, primero en los grupos de fe y donde más tarde desarrolla tareas de animación con otros jóvenes, incluso es presidente del Centro Juvenil “Acuarela”.

Debido fundamentalmente a su buena disposición fue llamado a formar parte primero de la Junta Auxiliar y poco más adelante, por necesidades de la Hermandad, pasó a la Junta de Gobierno. Una de aquellas velas con las le tocó navegar al entonces Hermano Mayor y con las que consiguió hacer avanzar la nave de la Hermandad. Ya que, por entonces, la Junta se formó con un grupo de jóvenes muy vinculados a la Hermandad y al Colegio Salesiano, pero sin ninguna experiencia en el mundo cofrade. ¿Locura? ¿Osadía? No, una simple visión docente y pedagógica ya que esos jóvenes aprendieron muy rápido en todos los campos y con ellos se aseguró la continuidad de una magnífica labor y, los resultados, a la vista están de todos.

Y en este barco, a nuestro pregonero le ha tocado prestar sus servicios en las áreas de mayor trabajo y responsabilidad. Ha sido Mayordomo y hoy es Fiscal: o lo que es lo mismo, Cultos y Formación. Estos han sido y son sus campos. De una parte, ayudarnos a poder celebrar con seriedad y dignidad a nuestros Titulares y, por otro lado, organizar la ardua tarea de la formación de los miembros de la Junta de Gobierno, mantener el contacto con los hermanos coordinando el Boletín Informativo, y, lo más difícil, pero que es lo que mejor sabe hacer: sostener en una mano los Estatutos y Reglas y en la otra el dialogo, la mesura y la concordia tan necesaria para aplicar la corrección fraterna.

Cualidades necesarias para desarrollar su vida profesional como maestro, título obtenido en la Escuela Universitaria “Virgen de Europa” en la especialidad de filología inglesa.

Como persona se caracteriza por su bondad, cercanía y disponibilidad. Aunque entre sus defectillos está el saber, como nadie, poner nerviosos a sus amigos ya que apura hasta el último minuto para aparecer, pero al final siempre llega.

Como cristiano, destacar de él una profunda religiosidad anclada con fuerza en Cristo y en su bendita Madre, bajo la especial advocación de Auxiliadora. Vive y participa activamente en la espiritualidad salesiana, que impregna su vida personal y profesional. Con una especial sensibilidad hacia los problemas de los niños y los jóvenes.

Aunque su vida se caracteriza por conseguir sueños, nunca separa los pies del suelo. Para ti era un sueño realizar tu carrera y lo has conseguido, poniendo empeño y esfuerzo; y el otro, poder pregonar tu Semana Santa, y éste lo vas a cumplir, por fin, hoy.

De su vida cofrade, destacar su gran labor en el campo de la liturgia. Participó en la bendición de nuestro Titular, como acólito, y organizó el año pasado el de la Cotitular. La Junta Local confió en él, días más tarde, para organizar la bendición de la nueva talla del Santo Entierro. Ha coordinado y llevado a cabo eficazmente la oferta educativa que presentamos al Ayuntamiento este año. Y sobre todo, vive con profundo afecto todo lo relacionado con la religiosidad popular.

Y, por finaliza, permítanme que estas últimas palabras se las dirija a nuestro Pregonero.

Tras la Cruz de Guía, que adorna ya hoy nuestro altar de insignias, está tu Cofradía que como cada año espera y confía en ti; cuenta siempre, y hoy más que nunca, con nuestro cariño y apoyo; que tras esa Cruz vendrá Quien espera que mandes avanzar y llegará para abrir una nueva Semana Santa que a lomos de un borriquillo se ha ganado tu corazón; y cuando en este año, si El quiere, se recoja esa Cruz de Guía estará Ella, que por primera vez nos esperará como la Madre que busca a su Hijo, hasta que pueda acompañarnos definitivamente en la Estación penitencial. Sé de tu especial devoción y cariño a nuestra Titular. Momentos de fuerte emoción entorno a Ella nos han unido más a los dos, en el cariño que la profesamos. Ella seguro será más que nunca tu Alegría, Madre y Auxilio, en este día tan especial para ti.

A continuación subirá a este estrado un joven que con enorme ilusión y valentía tenía el sueño de pregonar que Cristo, como cada año, renueva la fe de un pueblo que espera anhelante el milagro primaveral de la pasión, muerte y resurrección.

Hoy, señoras y señores, tengo el orgullo y el honor de presentar al pregonero de la Semana Santa de La Línea de la Concepción en este año Santo Jubilar, a mi amigo y hermano Carlos Alberto Cuadrado Luque. Que Dios te bendiga.

Marcos Antonio Galiana Pereira

A nuestros corazones
la hora del Espíritu ha llegado,
la hora de los dones
y del apostolado:
lenguas de fuego y viento huracanado.

¡Oh Espíritu, desciende!
Orando está la Iglesia que te espera;
vístenos y enciende,
como la vez primera,
los corazones en la misma hoguera.

La fuerza y el consuelo,
el río de la gloria y de la vida
derrama desde el cielo;
la tierra envejecida
renovará su faz reverdecida.

Gloria a Dios, uno y Trino:
al Padre creador, al Hijo amado,
y al Espíritu divino
que nos ha regalado;
alabanza y honor le sea dado.

Amén.

Rvdo. Sr. Arcipreste de La Línea.

Rvdo. Sr. Director Espiritual de la Junta Local de HH. CC.

Sr. Presidente de la Junta Local de HH. y CC. de La Línea.

Illmo. Sr. Alcalde y Autoridades Competentes.

Hermanas y Hermanos Mayores.

Miembros de las Juntas de Gobierno.

Hermanos y hermanas todos.

“Es de bien nacido el ser agradecidos” No hay mejor manera de comenzar este pregón, que haciendo realidad esta frase que tantas y tantas veces hemos oído o leído los antiguos alumnos salesianos en las carteleras de los patios de nuestro querido colegio. Por ello, gracias en primer lugar a esta Junta Local, representada en los Hermanos Mayores, por haber depositado en su día su confianza en este joven e inexperto pregonero, apostando por segundo año consecutivo por la juventud cofrade de nuestra ciudad y por la visión actual y renovada de una Semana Santa que cada día va a más, en beneficio de todos y para Gloria de nuestras Sagradas imágenes, a quienes veneramos. En segundo lugar, y no por ello menos importante, gracias a la que desde un principio me apoyó y me animó, mi querida Junta de Gobierno. Qué decirte Filo sobre los planes que quisiste plasmar en unas sencillas líneas en aquel plan cuatrienal que elaboraste y que, como sucede en este mundillo, te ha deparado imprevistos tales como encontrarte con la no fácil tarea de ser la primera Hermana Mayor de La Línea; la bendición de nuestra querida Co-titular; el escribir una página histórica en la Semana Santa sevillana al ser la primera Hermana Mayor que procesione, si Dios quiere, el próximo Sabado Santo hasta Campana y la Santa Iglesia Catedral; e incluso un pregonero de tu querida Junta de Gobierno. Mi querido presentador y amigo. Una vez más tus palabras me llenan de alegría y de emoción. Desde un principio, cuando decidí proponerte la no fácil tarea de presentar en público la faceta humana de un amigo, sabía que nuestra amistad y el cariño que pones en lo que haces, serían cómplices, una vez más, de tantos pensamientos e ilusiones compartidas. Y el resto de mi Junta de Gobierno. Empezando por la alegría del maestro que ve crecer a aquel niño que correteaba por los patios del colegio, hace ya un par de años, sabiendo que a su lado comencé a vivir el compromiso al servicio de nuestra Hermandad, y terminando por los amigos de clase que con posterioridad han compartido algo más que recuerdos educativos: los momentos cofrades. Disculparme por no mencionarlos uno por uno, no por ser vosotros menos importantes, sino por no extenderme demasiado. Gracias a ellos, a todas esas personas cercanas, pertenecientes o no a mi Hermandad, cofrades o no cofrades, que con su cariño, su ilusión y su ánimo, han ido cuidando mis pasos con mimo, entre algodones para que esta desconocida e incierta empresa que debía afrontar llegara a buen puerto. A todos ellos, de corazón, y con ánimo de no defraudarles, mis más sinceras gracias.

Si alguna vez se han parado a observar algunos de los gestos que rodean a la Semana Santa, descontando todo lo relativo a los cultos, quizá hayan podido observar las manifestaciones de emoción que la gente profesa y la fe que ellas encierran. De este modo, tenemos como ejemplo los abrazos tras una estación de penitencia satisfactoria, las oraciones pronunciadas al pasar junto a un Paso de Misterio, las manos que buscan rozar los respiraderos o el manto de la Virgen para

presignarse posteriormente, y por supuesto, las lágrimas. Aquellas que son derramadas por no haber podido procesionar por causa de la lluvia, de la enfermedad, o las derramadas, simplemente, al ver pasar a Jesús o a su Santísima Madre junto a nosotros. Todo fruto de la necesidad del hombre de manifestar mediante gestos lo que de palabra no puede: sus sentimientos.

Es así como el azahar, el incienso, el olor a la cera quemada, las diferentes notas de un pentagrama, los bordados, el fuerte olor de los limpiametales, el especial tacto que creemos posee nuestro hábito nazareno, adquieren y despiertan en nosotros un significado distinto, una sensación indescriptible propia de la gente del sur, de Andalucía, de nuestra tierra y que habla de Semana Santa.

Si nos detenemos justo en este momento, quizá descubramos el sentimiento y la fe que encierra una simple gota de agua, un poco salada, que brota desde lo más profundo de nuestro ser, desde cada uno de nuestros corazones.

Sirva esta reflexión para indicar que entiendo que mis palabras, y las de cualquiera que se encuentre ante la responsabilidad que hoy afronto, no pueden ser fruto de una simple narración, sino que deben ser motivadas desde la fe, desde lo más hondo del corazón. Si no sucediese así, no tendría ni sentido ni entendimiento lo que dentro de unos días vamos a celebrar: La Semana Mayor, la Semana Santa.

Es por ello por lo que me gustaría dedicar este humilde pregón a aquellos momentos y a aquellas personas que con sencillez han vivido este instante. Dedicado: " A la fe de una lágrima".

¿Cómo te lo podré decir?

Con una lágrima, Señor,
con una lágrima.

La misma que derramo
al rezarte en tu altar,
la misma que derramo
al verte pasar,
la misma que derramo
al verte salir,

la misma que derramo
al llevarte sobre mi costal
o aquella que mi mejilla recorrió
en la recogida junto a ti.

La misma que derramo
por no poderte, hoy, acompañar,
la que derramé
cuando el agua no te dejó salir.
¿Cómo te lo puedo decir?
Con una lágrima, Señor,
con una lágrima,
con la fe de mis lágrimas.

Sería injusto comenzar evocaciones de la Semana Santa por el despertar de nuestros sentidos a los aromas del azahar, del incienso y de la cera quemada en nuestros cultos y tríduos, que con la campanada de salida del Miércoles de Ceniza, se han venido desarrollando a lo largo de la Cuaresma. Y digo esto, porque atrás queda el trabajo de muchos meses: reuniones de las Juntas de Gobierno llenas de preparativos y de algunos sinsabores, frutos de la condición humana; atrás quedan muchas horas laboriosas de enhebrar diferentes tipos de agujas para desarrollar los distintos modelos de bordados que lucirán nuestros pasos, tan dignamente, por las calles de nuestra ciudad; atrás quedan muchas horas de trabajo con la gubia para la talla de nuevas imágenes, de cincelado y troquelado de enseres para los estrenos de los pasos y de las insignias que lucirán nuestros cortejos; atrás queda el trabajo de las camareras y de los sacerdotes para que nuestras imágenes tuvieran el realce con que lo vieron las manos que lo tallaron y de aquellos que en su imaginación las idearon antes de que estuvieran presentes entre nosotros; atrás quedan las horas de trabajo bien hecho de los que nos han precedido y nos han dejado tan inolvidable y casi insuperable legado; atrás quedan tantas y tantas horas de ensayo para afinar en las “chicotás” con las que andará Jesús y su Santísima Madre en cada una de las Estaciones de Penitencia; atrás quedan todas aquellas horas en que nuestra Madre y su Hijo han tenido a alguien a sus pies poniéndoles flores, pidiendo por aquello que en aquel momento más falta les hacía, agradeciendo la gracia alcanzada o, simplemente, siendo cómplices del silencio reinante en la capilla para dejar que Ellas hablaran. Atrás queda el trabajo de las Juntas de Gobierno y su afán de responder a las necesidades de los más próximos.

Es aquí donde comienza la Semana Santa. Donde una empieza la otra acaba. Es aquí, en el momento del montaje, en el momento en que este termina, es aquí, en el momento antes de ver a Cristo y nuestra Madre en la calle, cuando de muchos ojos, una lágrima se derrama. Es la recompensa de todo un año, es la emoción de un momento, el pequeño pago que damos por nuestro trabajo: una pequeña y simple lágrima, que quizá sea la primera y seguramente no sea la última.

Y si nos adentramos en el misterio, plenamente, de la vía dolorosa que durante una semana celebraremos, no podemos menos que recurrir a los relatos evangélicos. Así, dejándonos embriagar por las pinceladas que cualquiera de los evangelistas nos hacen, vemos como el primer paso de Jesús ante la voluntad de Dios Padre, es la de enviar a los apóstoles en pos de un asno, quizá buscando la humildad, la nobleza del animal y el no llamar demasiado la atención. Extraña cabalgadura para entrar triunfante en Jerusalem y que quizá nos devuelva a muchos de nosotros a nuestra infancia, a aquellos tiempos escolares y a los libros de lectura, en especial a aquel de Juan Ramón Jiménez que nos hablaba de un tierno borriquillo. ¿Lo recuerdan? “Platero y yo”.

Así, podríamos imaginarnos, hace 1967 años, un gran prado, y cambiarlo, en la actualidad por el patio de un colegio; podríamos cambiar la figura de los apóstoles que cumplen las órdenes de Jesús por la de los chavales que siguen las instrucciones que sus profesores les dan; podríamos cambiar los sueños y las ilusiones de un grupo de discípulos por aquellas fantasías que rondan en las cabezas de los alumnos sentados en los pupitres. Cambiaríamos la multitud bulliciosa extendiendo mantos y enarbolando hojas de palmeras para que Jesús entrase triunfante en Jerusalem, por la sencillez y la inocencia infantil de un cortejo que con cariño y seriedad procesiona en la tarde del Domingo de Ramos. Incluso podríamos ver la figura de María, llena de Alegría y de emoción, en los ojos emocionados de los asistentes a la salida de la Cofradía de la Entrada Triunfal. Es así, como la inocencia de los niños hace posible que dicho pasaje tome cuerpo en los patios de un colegio que siempre ha tenido las puertas abiertas para alumnos y no alumnos, para chavales y no tan jóvenes, siendo la casa de todos, a disposición de todos, como aquel borriquillo a disposición del necesitado. No podía ser mejor el sitio en que floreciese tal semilla, entre niños, entre su inocencia, su humildad y tantas otras virtudes que llevaron al Maestro a colocarlos como ejemplos. Son sus juegos y bullicio los que el Domingo de Ramos se transformarán en seriedad y recogimiento, en silencio respetado bajo el antifaz y la túnica blanca, son sus ilusiones y su alegría los mantos tendidos a los pies de Cristo Rey entrando Triunfante en Jerusalem. Son ellos los que darán colorido a esa tarde con sus capas rojas y los que recogerán el testigo de aquellos discípulos para ser los primeros en gritar ¡¡Hosanna, Bendito el Hijo de David!!



Nadie les puede negar el privilegio de ser los primeros en congregar a la multitud junto a la pequeña puerta del Colegio Salesiano, de ser los encargados de atraer, al igual que sucediese aquella mágica tarde, a creyentes e incrédulos que no le conocen. Y así, cuando a las cinco de la tarde, de forma sencilla, con el murmullo de fondo, la Cruz de Guía de esta Hermandad tenga el honor de abrir las puertas de la Semana Santa, cuando sus jóvenes nazarenos inunden las calles de color con sus túnicas y sus palmas, se producirá la primera “levantá”, sonará el primer toque de corneta para anunciar, a los presentes y ausentes, que al igual que en Jerusalem, es Jesús quien se quiere hacer presente, que al igual que en Jerusalem, hay muchos que lo aclaman y que por detrás lo desmienten, que muchos son los que dudan, los que durante el año se encuentran alejados y ese día van a verle. Y será aquí, como en aquella tarde, en la que seguro María estuvo presente, en que muchos, con fe o sin ella, una lágrima derramen cuando asome por la puerta, una lágrima deseando cambiar el futuro por un presente, una lágrima al saber que hoy le aclamamos rey y mañana le coronaremos de espinas... De esta forma, como los pequeños nazarenos del primer tramo, despacio, inseguros y guiados, despertarán en nosotros esa tarde recuerdos del pasado, recuerdos de nuestro primer traje, recuerdos de nuestra primera salida, recuerdos de cuando nos llevaba nuestro abuelo, nuestra madre o nuestro padre. Es el despertar de nuestra Semana Santa, el despertar en el acompañamiento de Jesús, el Hijo de Dios Padre que entrando en Jerusalem a nuestro encuentro sale.

Fuera murmullo y ruido,
es la hora del Hijo del Padre,
en el patio: primavera y colorido,
escucha, una cofradía sale.

¡Qué rey tan raro, niño!
¿Dónde está su majestad?
Sale a lomos de un borriquillo,
llevando por guardia
una legión de niños,
no entiendes nada, mamá.

Su mensaje es de amor,
Él no empuña la espada,
no va infringiendo dolor,
al enfermo sana,
para ofrecernos su vida en flor,
en Jerusalem se entrega,
Cristo porque nos ama.

Por eso quiero acompañarlo,
porque mi corazón es sincero,
mi corazón es el de un niño
y cambiar el mundo quiero
en la tarde de este Domingo.

Llevando mis manos una palma,
siendo el olivo, alfombra del suelo,
esa tarde mis ojos vuelvo
al fondo de mi capilla,
para ver a esa Virgen,
a esa Alegría que yo quiero,
Virgen con cara de niña,
Auxilio que yo venero,
mujer llana y sencilla,
ejemplo del mundo entero,
perla que falta al rosario,
flor de nuestro candelero,
Virgen que todos esperan

procesione en La Línea,
en un futuro venidero.

Retirándonos, quizá busquemos recogimiento en cualquier otra esquina, siendo probablemente, como los discípulos, protagonistas, hoy día, de nuestro Getsemaní particular. Muchas son las ocasiones en que creemos tener las ideas claras, como Pedro: “Señor, estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel, hasta a la muerte”. Y al parpadear de nuevo lo hemos negado tres veces. Lo negamos con nuestro orgullo, con nuestras envidias, con nuestros rencores o afán de ser los protagonistas de lo que hacemos para pretender que el mundo gire a nuestro alrededor, lo negamos cuando la rutina nos vence, cuando no afrontamos nuestros compromisos, lo negamos cuando somos luz en la calle y sombra en nuestros hogares. De esta forma, incluso rodeado y medio acompañado por sus discípulos, rodeado y acompañado por nosotros (breve silencio), los discípulos del III milenio, Jesús, en muchas ocasiones, se encuentra solo, abandonado, con la única compañía de su madre, que, aún no entendiendo, sin comprender ese Misterio Doloroso que le traspasa el alma, acepta con humildad teniendo presente el “sí” sincero que un día pronunció ante el ángel ¡Qué mayor dolor para una madre que ver a su hijo sufrir sin que nadie acuda a socorrerlo!

Cuantas veces en nuestra vida la hipocresía nos ronda y se apodera de nosotros para entregar a Jesús, que toma vida en nuestros hermanos, mediante gestos carentes de sentido. Es, en estos momentos, cegados, en poder de las tinieblas, cuando nos alejamos de Él, nos alejamos de la verdadera identidad del cristiano, del cristiano cofrade.

Pero menos mal que en cada uno de los corazones no se esconde solo el Adán pecador, sino que llorando amargamente, ante la presencia de Dios, ante la presencia de Jesús que sale a nuestro encuentro, que nos busca personalmente con su mirada, encontramos el arrepentimiento de Pedro.

Acudimos a su llamada junto a un barrio próximo a un huerto, un barrio que se desvive durante todo un año y que en la tarde del Miércoles Santo, con su poesía, su silencio, y su presencia, quiere ser brote de olivo o ángel para enjugar las lágrimas de Jesús en su agonía humana por entregar su vida, a las puertas de San José, o de ese otro barrio que, a pesar de su pobreza, extendía sus mantos para ponerle palio simbólico a esa Madre que no tenía, para salir del Sagrado Corazón.

Y así lo veremos amargamente ante su cáliz o abandonado para contestar a su pregunta: “¿Me amas?”, para responder con sencillez, casi con vergüenza: “Si, Señor, te amo”, para contestar por segunda vez: “Acaso lo dudas, Sí, Señor, te amo”, para redimir y borrar las veces en que lo hemos negado, pronunciaremos ante su pregunta el sí de María.

Porque al final, aunque, vencidos por el cansancio, no le acompañemos en la oración, por miedo al qué dirán o a manifestarnos como creyentes en una sociedad carente de testimonios, aunque lo dejemos abandonado a su suerte, siguiéndolo de lejos, rehuyendo su mirada, traicionándolo en los momentos importantes; al final, es el amor lo que importa.

El amor con mayúsculas, el amor con todo lo que la palabra exige, el amor traducido en obras, el amor que es desvivirse por el prójimo, el amor que es llevar sobre tus espaldas, como si de una trabajadera se tratase, el peso del que a tu lado se encuentra fatigado; porque tuvo hambre y le dimos de comer; tuvo sed y le dimos de beber, estuvo desnudo y le vestimos; en la cárcel y lo visitamos. Solo con el amor podremos abrazar el Rosario Doloroso de cada día, solo con el amor saldremos airosos de la prueba de Getsemaní, solo, a través del amor, podremos decir: “Señor, no te abandono”, solo, abrazando el amor, podremos soportar el Mayor Dolor.

Refugiados en la noche
cual malhechor, quieren prenderte,
sin razón o justicia alguna,
con la idea de darte muerte.

Al abrigo de los olivos,
por envidia te dan por muerto,
en la noche del Miércoles Santo,
camina la Oración en el Huerto.

Su agonía,
en el cáliz se refleja,
ante el ángel que sentía
sus palabras que son queja,
poniendo delante mía
su Rosario de Dolor
que mis entrañas encendía
viendo la sangre y el sudor
que por su frente fluía.

Por tus discípulos desechado,
traicionado en un huerto,
en la noche del Miércoles Santo,
camina la Oración en el Huerto.

Y como Pedro, Abandonado,
desde tu Sagrado Corazón,
en cruz te veré clavado
Cristo del Mayor Dolor.

Dolor por mis negaciones,
dolor por envidias que sentí,
dolor por malas acciones,
que me alejaron de ti.

Por eso, con decisión,
para ayudarte en tu cruz
o en el cáliz del dolor,
siendo a costal o cargado,
en el huerto, abandonado,
junto a tu paso, Señor,
el miércoles, me verás,
asido y bien agarrado,
y al costalero también
por la mejilla correr,

su lágrima emocionado.

“Lo apresaron, lo condujeron y lo llevaron a la casa del Pontífice. Y Pedro lo seguía de lejos... Los que lo custodiaban se burlaban de Él y lo golpeaban; lo cubrieron con un velo y le preguntaban: Adivina quién te pegó”.

Ciertamente, Pedro representa la figura de muchos de nosotros y nuestra postura ante las distintas situaciones que nos ha tocado vivir diariamente. Por un lado, el hombre avisado, inteligente, abierto al diálogo, a las nuevas enseñanzas y dispuesto a dejarse inundar hasta lo más profundo de su ser. Sin lugar a dudas, uno de los hombres de fe junto a Abraham o Moisés; una persona atenta, con el don de ir siempre por delante de los demás, de llegar antes que el resto del grupo a intuir y captar lo que quiere el Maestro.

Por otro lado, en Pedro se encierra también el hombre enérgico, de personalidad fuerte, capaz de echar a perder, en un momento, por su forma de comportarse, toda la justicia y la verdad que hay en sus palabras, toda la sinceridad que guarda su corazón.

De esta forma, nuestro caminar diario es titubeante, creemos, prometemos ser constantes y caminar rectos hacia la meta y al final, nos dormimos, prometemos enarbolar el estandarte del amor, de la caridad, el servicio y en muchas ocasiones lo confundimos con empuñar la espada para defender la razón cortando la oreja del que viene a ofendernos o encontramos a su lado. Prometemos ser fieles y ante la muchedumbre que viene con antorchas, con espadas, ante la muchedumbre del compromiso exigente, ante la muchedumbre de sentirse cristiano coherente en una sociedad en que está en desuso, ante la muchedumbre de dar la cara por el hermano cuando abundan los fariseos y los escribas de muchos gobiernos que se tapan la cara y se dan la vuelta, ante esta muchedumbre, hacemos como Pilato, entregamos lo que somos y nos convertimos en Cautivos. Entregando al hermano, a semejanza de Dios Padre, entregando al Hijo que a nuestro lado sufre, entregando el Espíritu de las voces que cada día claman justicia a sus necesidades sin que nadie las oiga, es, en definitiva, a la Trinidad entera a quien entregamos, al Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo en una sola persona: el prójimo que sufre a nuestro lado.

Con todos estos temores, los discípulos se dispersaron, desaparecieron en lugar de acompañar a su Maestro, como muchos de los cristianos de hoy en día. Así, solo, seguido de lejos

por Pedro, y seguramente por su madre, por María. Porque ¿Quién nos dice que no estuvo presente? Casi con toda seguridad, no se podía encontrar en otro lugar más que junto a su Hijo. Ella que con toda humildad y sin comprender lo que Dios le pedía, poniéndose a su disposición, como una esclava, firmó el proyecto de Dios hecho hombre. Ella que había estado presente en el comienzo de la vida pública de Jesús, en el comienzo de la manifestación del mensaje de Dios en Caná. Ella que será la figura central de la Iglesia naciente en el día de Pentecostés. Ella no podía estar ausente. Bajo el cielo de aquella noche, tenía que ser la Estrella que con más fuerza y dolor brillase al recordar las palabras de Simeón en la presentación del niño en el templo: “Y a ti una espada te traspasará el alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones”.

Es por ello, por lo que parados en cualquier esquina o calle, en la soledad de nuestros pensamientos ante el paso de misterio que a nuestro encuentro sale, ante Jesús Cautivo o Flagelado, ante su madre, Estrella en nuestro firmamento creyente y Trinidad de nombre, es, en este momento, en que la emoción al verle pasar nos invade, en el que descubrimos que también nuestras manos en muchas ocasiones están atadas, en que son otras en las que nosotros las atamos, y qué pocas, Señor, son aquellas en las que el dolor soportamos, en las que las burlas nos señalan, por defender lo que es justo, por defender tu Mensaje.

Abatido estoy, Señor,
con mis acciones
te he entregado,
dolor hay en mi corazón
por no haberte Rescatado.

Con tus ojos me has buscado,
no busques más, mi Señor,
pues no me has encontrado
porque el alma llené de temor
y en un rincón asustado
tus manos quise liberar
para verte Rescatado.

Y en mi largo caminar,
tras haberte ya negado,
junto a tu madre, Trinidad,
mi razón he encontrado:
que no hay vivir sin amar,
que no te he hallado
sí en la noche del miércoles,
no te sigo: Cautivo y Rescatado.

Que son tus penas
mi flagelo,
que mi alma
de dolor se llena,
cuando al hermano reniego,
cuando no veo esa Estrella,
cuando nada siente mi corazón,
sí mi alma
no se llena de emoción,
cuando junto a mi pasa
Jesús en su Flagelación.

“Tomaron, pues a Jesús, y cargándole con la cruz, salió hacia el lugar llamado Gólgota”

Entre callejuelas estrechas, y abandonando la torre Antonia, la comitiva inicia su rápido caminar hacia el Calvario, para evitar el posible levantamiento de los partidarios del reo. Los Escribas y los Sumos Sacerdotes se frotan las manos y sienten la liberación del que se quita un peso de encima, del que ya ve de lejos que la rebelión está controlada y el instigador bajo el peso del madero en el que extenderá los brazos para morir en la cruz. La muchedumbre que gritó para que soltaran a Barrabás, se congrega ahora para insultarle a su paso y pedirle algún milagro para demostrar que no había blasfemado. ¿Cuántos corazones cambiarían aquella tarde de bando?

¿Cuántos corazones se dejan vencer, hoy en día, por la dificultad y encaminan sus pasos hacia la oscuridad?

Y en medio de esa maraña de personas fuera de sí, llevados y movidos por las pasiones más tenebrosas, María y el grupo de mujeres, que intentando mantenerse fieles a la fe, quieren acercarse a la figura de Jesús, llorando amargamente por no poder estar junto a Él, por no poder consolarlo y acompañarlo de cerca en esa tarde.

Sin embargo, no quiso Dios que su Hijo quedase sin consuelo y que ese consuelo viniese de mujer, con ese sexto sentido que poseen, con ese amor de madre que llevan en su corazón, quizá hallando justificación a su Dolor en sus Penas, quien se acercase a Jesús para ofrecerle, de forma sencilla, un paño donde secar la sangre y el sudor. ¡Cual fue su sorpresa, Señor! cuando vio que tan noble gesto su recompensa recibió, plasmándose tu rostro para posterior contemplación. Cuál es nuestra sorpresa, Señor, cuando llegamos a saber que no hay quien quede sin recompensa por llegar hasta ti, que no quedaremos sin recompensa si enfermamos y te visitamos, cuando vemos que tienes sed y te damos de beber, cuando en la calle te encontramos hambriento y te damos de comer, cuando tienes frío y te vestimos. Que no quedamos sin recompensa cuando, de forma desinteresada, la agonía del hermano se hace agonía nuestra.

Ese es el sentimiento del que ha vivido la mala experiencia de no haber hecho Estación de Penitencia con sus titulares, del que ha sentido de una manera distinta el Misterio y la Advocación que durante todo el año lleva en el corazón. Quizá, incluso hayan derramado una lágrima en ese momento.

De esta forma, con la misma motivación que la Verónica, se encuentran en la calle, salen al encuentro de Jesús, para confesar que estaban equivocados, para pedir el Perdón que no niega, para pedir alcanzar la gracia de la Salud que no se posee, para alcanzar la gracia del trabajo, de la estabilidad en la casa que se encuentra separada, para pedir por lo que necesitan, Señor. Por eso, aún sabiéndose desdichados, con la cabeza agachada y reconociendo que se habían equivocados, vienen a verte, Cristo de Misericordia, para ver, con el corazón roto, como caminas hacia el Calvario nuestro de cada día sin justificación ninguna, para ver sin querer o poder reaccionar, como son innumerables las razones que nos atan para cargar con nuestra propia cruz, para descargar su peso en tus hombros, en los hombros de tantos y tantos Cristos que caminan a diario a nuestro lado. ¡Qué pocas veces somos tan valientes como para aceptar y no rechazar el ser cireneo tras tu cruz,

que es la nuestra! Para acompañarte en tu caminar doloroso. Muchas veces motivado por el cansancio, otras fruto del aburrimiento, quizá doloridos por la incomprensión de otros momentos, o, tal vez, porque no lleguemos a comprender que son mis faltas por las que Jesús, hoy padece.

De todas formas, algo especial esa tarde sucede, cuando creyentes y no creyentes, como multitud se congreguen. Algo especial se respira en el ambiente, algo indescriptible, que se lleva dentro; algo especial que nos hace caminar, como lo hicieron aquella tarde, el grupo de mujeres y de personas que, con golpes de pecho, seguían a Jesús camino del Golgothá. Es el Gran Poder de Dios en el sacrificio, el servicio y el dolor hecho carne, el que atrae, emocionados al verle pasar por cualquier calle, a tantas y tantas personas que, por diferentes motivos, este año no han podido acompañarle en el camino hacia el Calvario, que quieren pedir Perdón, Oh Cristo de Misericordia, para que siendo Salud a sus Dolores, remedies sus Penas.

Por el dolor, roto vas,
del Calvario caminante,
por mis faltas perdonar
y el de toda humanidad
a la hora de entregarte.

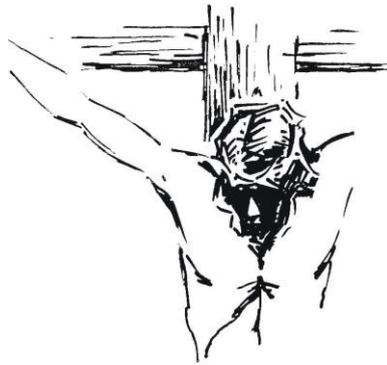
Y en tu lento caminar,
una mujer has de encontrarte
que en un gesto de humildad
un lienzo te brindará,
donde quisiste mostrarte,
donde quisiste plasmar,
lleno de Misericordia,
que recompensa tú darás
al que ofreciéndote su dolor
en un gesto de Perdón,
y limpio de corazón,
enjuagar sus Penas quiera.

Así, sin obligaciones,
como Cireneo quiero,
ofrecerte mis Dolores,
dolores de caminante,
nazareno que por razones
de Salud y obligaciones,
no ha podido acompañarte.

Y en un gesto manifiesto,
lleno de tu Gran Poder,
por tu amor
prendado he quedado,
aunque con dolor te veré
en una pesada cruz,
muerto y crucificado.

“Cuando llegaron al lugar llamado Calvario, crucificaron allí a Jesús y a dos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda”.

Tras la tempestad viene la calma. Tras los momentos de agitación vividos desde el prendimiento, tras esos momentos de idas y venidas de Anás a Caifás, de éstos a Pilato, de Pilato a Herodes y vuelta al patricio romano, tras los dolorosos momentos de la flagelación, de la humillación sentado en el “enlosado”, del penoso camino hacia el Calvario y de los dolorosos y punzantes clavos que sujetan ahora la ”Salvación del Mundo”, tras esos momentos, viene la ligera calma.



Es una calma reflejada en esa brisa fresca, con olor a lo nuestro, con olor a mar. Una brisa que nos trae el recuerdo de la mar en calma, de esas olas que, suavemente, rompen el silencio y adormecen el alma que busca tranquilidad. Es la calma con la que, sentado en un muro del paseo marítimo, se ve trabajar a esos hombres, curtidos por el tiempo y las faenas de la mar. Hombres que diariamente ponen sus esperanzas en ese Cristo marinero y su Madre, una madre con nombre de mujer, Carmen. Es la calma convertida en cruz de cada día, en la cruz del trabajo laborioso de sus redes, la cruz de la faena diaria en sus pequeños barcos, para poner en sus bocas una plegaria, un Padre Nuestro antes de ir a trabajar en busca del sustento, una oración bajo la protección de ese Cristo, Señor del Mar, para desarrollar de forma airosa su duro trabajo. Es la calma transformada en cruz, la cruz transformada en agua, agua calmosa fuente de vida, agua inquieta que hace dudar, que impone respeto, que, incluso, quita ilusiones cuando alguna Hermandad se queda dentro.

De esta forma, la calma da paso al Silencio. Es el momento en que, expirando, Jesús entrega su Alma. Es el momento de contemplar el árbol frondoso que ahora está seco, el momento de ver en la cruz un Cristo que para muchos era un Cristo de Esperanza y ahora está muerto. Atrás quedan los momentos de alabanzas, los momentos de promesas, de negaciones y de traiciones, los momentos en que debíamos haber estado presentes junto a la cruz de nuestra vida y de nuestros compromisos. No es la hora ni de hablar ni de actuar, es la hora del Silencio, del recogimiento, pues es Jesús quien ha muerto. Es el momento, tan poco cultivado por los cristianos de hoy en día, de encontrarse cara a cara, desde nuestra Soledad, con lo que quiere Jesús de nosotros, es el momento de poner ante Él nuestras preocupaciones, nuestras alegrías, nuestros sueños. En definitiva: lo que tenemos y lo que somos. Y al pie de la cruz, su madre y el discípulo amado. Una madre que, desde el momento de la Concepción, cuando todo la sobrepasaba, y a pesar de que nada entendía, en silencio, todo guardaba en su corazón, pues sentía que así era la voluntad del Señor. Una madre que en tan difícil momento revive la belleza del mensaje de la anunciación, de la grandeza prometida para su hijo, y lo

confronta con la realidad: Una cruz, un hijo desfigurado por el dolor y el martirio sufrido; como símbolo de realeza una corona de espinas que oculta tras un velo de sangre la dulzura y la serenidad de los días y los años anteriores. ¿Cómo no desplomarse y aceptar el fracaso? Como única respuesta en esos momentos de incompreensión: la fe y la esperanza en la promesa de la resurrección, la fe y la esperanza en el amor de Dios.

Es la voluntad del Padre, la voluntad de que Cristo entregue su Alma la tarde de un Jueves Santo. Una tarde en que muchos, al pasar el Misterio junto a su lado, subir junto a su madre quieran, para poder consolarla. Una Madre que enseña a su pueblo, desconsolada, un Cristo yacente, un Cristo sin vida, sin ilusiones de futuro, un Cristo que refleja la otra cara de la juventud, hoy tan difundida. De una juventud sin opciones, de una juventud sin salida, de una juventud que no encuentra razones en esta vida y que entrega, poco a poco, como Jesús en el madero, de sus Almas, su alegría. Alegría que se transforma en amor, como mencionaba al principio, cuando se ve el compromiso con el necesitado, cuando, como Jesús, entregamos nuestro tiempo de familia, nuestro tiempo libre, nuestro esfuerzo desinteresado, lo que somos y lo que sentimos, si con ello podemos ayudar al prójimo. Es entonces cuando tiene sentido ver a Jesús por amor crucificado; cuando ante nuestros ojos empieza a abrirse la Esperanza de que las cosas tengan otro sentido, de que nuestras ilusiones y nuestra vida no termine, solamente, abrazados a la cruz. Es el momento en que daremos sentido al misterio de la Esperanza de María, junto a la cruz, al pie de su Hijo amado.

A una cruz sentenciado,
como los malhechores,
en tu vía-crucis maltratado
por envidias y rencores,
en un trono contemplado.

Bajo su paso cargadores,
como olas vienen y van,
siendo humildes pescadores,
llevando al Cristo del Mar,
y en lo hondo, en su alma,
una Reina marinera,
sella el amén de una plegaria,
cubriendo el manto del Carmen
la dureza en la faena diaria.

Y junto a la cruz, en la cabecera
un ángel llora de dolor,
rompiendo el silencio y la calma,
ante su Madre, Concepción
y Cristo que entrega su Alma.

De luto se cubre el cielo,
en la tierra el alma llora,
del templo, se rasga el velo.
todo está cumplido. Es la hora.

Mientras mis ojos soportan con dolor
una Madre a la cruz abrazada,
cruz del Cristo del Amor,
sostenida por la fe y la Esperanza,
llevando en su rosario las cuentas
de una humanidad entregada,
que en este día emocionada,
quiere redimir las afrentas,
respondiendo con gesto de alabanza
al paso del Cristo de la Esperanza.

“Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con aromas, como acostumbraban los judíos a sepultar. Había en el lugar donde fue crucificado un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, donde nadie había sido puesto aún. Allí... pusieron a Jesús.”

Es el momento de la recogida, el momento en que todo ha terminado. Para los hombres, la esperanza de un Rey libertador ha muerto, para Dios, la esperanza está dormida. En los brazos de María, la esperanza inerte de una muchedumbre que habían puesto su confianza en quien creían un profeta. Al pie de la cruz: María, en su Soledad, traspasado el corazón de Angustia y Amargura, envuelta en un mar de dudas y recordando las palabras de Dios por boca del arcángel: “Y será grande entre todas las naciones”. Y sin entender dónde estaba la grandeza de un Dios muerto, María, meditaba y guardaba estas palabras en la Soledad de su corazón.

Y de los discípulos ¿Qué decir? Cuando un pintor o un escultor muere, sus discípulos acaban su obra; cuando el maestro muere, los discípulos siguen difundiendo su doctrina y sus enseñanzas. Sin embargo ellos, los que estaban dispuestos a entregar su vida por el Maestro, se dispersan, se esconden por temor, o incluso abandonan Jerusalem. Centrémonos aquí, en un camino que lleva a una aldea. Porque en una cruz no acaba nuestra Semana Santa, en una cruz no termina nuestra esperanza.

Pongámonos en camino, como nos pidió el Sínodo, y caminemos, junto a esos dos discípulos que, quizá defraudados, no veían más salida que volver a la rutina diaria en la que estaban inmersos antes de que Jesús les tocara el corazón y los hiciera partícipes de la difusión del Mensaje de Dios Padre. Caminemos junto a ellos, pues muy bien podríamos ser nosotros mismos la persona de Cleofás o de su acompañante. Y digo esto porque ¿Cuántas veces hemos caminado junto a alguien, acompañándolo, y las palabras fueron vacías de contenido o no existieron? ¿Cuántas veces hemos estado en compañía de alguien y la soledad y el silencio han sido barreras entre nosotros? Seguramente, así caminaban estos discípulos, en la soledad de sus pensamientos y sus dudas, ciegos ante la riqueza del evangelio que se les había dado y explicado. Así caminamos nosotros, los que hemos sido dichosos de conocer la riqueza del Mensaje del Nuevo Reino, cuando la rutina diaria cierra nuestros ojos y no reflejamos nuestra fe en obras palpables.

Y a mitad de camino: Jesús a nuestro encuentro sale, como nuevo acompañante. Y al igual que hace el buen maestro, primero busca en el corazón lo que sabemos, lo que sentimos, y hasta dónde hemos llegado a comprender. Es entonces cuando la soledad desaparece, cuando la Amargura va cediendo paso, nuevamente, al corazón encendido por la belleza existente en las palabras: servicio, amor, entrega, compartir, desvivirse, perdonar... y en todas aquellas otras que dan vida al Proyecto que Dios pone ante nosotros: la Construcción del Nuevo Reino. Es entonces cuando se caen las vendas de nuestros ojos, cuando retomamos con más fuerza los compromisos adquiridos, cuando nos sentimos más fortalecidos para afrontar nuevos retos. Y todo ello, tras el encuentro con Jesús, tras la escucha atenta y la meditación de su palabra, tras la comprensión de su mensaje.

Ya no importa que caiga la tarde, no importa que la tiniebla y la oscuridad nos envuelva nuevamente, ya no importa que las dudas y los momentos difíciles salgan a nuestro encuentro en la vida diaria, porque sabemos que tenemos un buen acompañante de viaje, un compañero que al final de la jornada no nos dejará, no pasará de largo, sino que se quedará con nosotros.

Y de nuevo, una Angustia invadirá nuestro corazón. La angustia de abandonar al instante todo lo que carece de importancia para volver a Jerusalem, junto a nuestros hermanos, para decirles a todos, los que lo conocen y los que no lo conocen, que cada año, en nuestras calles, en cada hermano convertido, es verdad que Cristo, tras su pasión y dolor, ha resucitado. Una nueva angustia inundará nuestras almas, si, comprendiendo la llama que arde en nuestro corazón, no nos lanzamos al mundo, como hizo con nosotros el maestro, para ser acompañantes, para explicar, a los que todavía se encuentran ciegos, la riqueza y la felicidad de su mensaje.

En ese momento podremos decir que Cristo en nosotros resucita, que ante tantas cosas que mueren en nosotros (ilusiones, claridad de ideas, compromisos...), una llama ilumina nuestra vida en nuestros proyectos, en la ayuda al necesitado, en el amor al prójimo, en la preocupación por él y por sus necesidades. Como dicen: “Solo el corazón conoce lo que los labios no saben pronunciar y lo que los oídos no llegarán a oír”. Sigamos siendo, como nosotros sabemos, a través de nuestras Hermandades que pondremos en la calle dentro de unos días, luz y esperanza de muchas personas en un mundo frío, para que lo que siente nuestro corazón lo expresen nuestras obras, y no las palabras, que al fin y al cabo, se las lleva el viento.

De esta forma, veremos en la celebración del Jubileo del 2000, un año de gracia, de perdón de los pecados, de reconciliación entre los adversarios, de celebración jubilosa de los dones recibidos de Dios. Haremos de la peregrinación el camino personal del creyente tras las huellas del Redentor, veremos en la Puerta Santa el paso de cada cristiano del pecado a la gracia, señalando que el Señor es la única puerta hacia la salvación del Padre, y encontrando, finalmente, en la indulgencia, la manifestación de la plenitud de la misericordia de Dios, que sale a nuestro encuentro con su amor manifestado en el perdón.

Quisiera terminar igual que al principio. No quisiera cerrar este pregón sin acordarme de las mujeres que se encuentran involucradas, directa o indirectamente, en nuestro, llamémosle, mundillo cofrade.

A todas ellas, infinitas gracias. Empezando por la mujer por excelencia, modelo del creyente. Gracias a ella y a su amor de Madre, nos encontramos hoy aquí reunidos. Es Ella la fuente de nuestra Alegría y el consuelo a las tristezas, Madre de la Iglesia en el Pentecostés naciente, y Auxilio del cristiano que postrado a sus pies le reza emocionado. La que nos sostiene en los

momentos difíciles, la intercesora entre nosotros y las gracias que alcanzamos del Padre celestial. Es Ella, bajo la advocación con que aprendimos a amarla, o con la que ahora lo hacemos, la que orienta nuestro caminar diario y se nos ofrece como modelo de comprensión, humildad, entrega, paciencia y sacrificio.

En segundo lugar, gracias a las madres terrenas, en especial a la mía, que como, al igual que muchas madres, desde niño me inculcó la devoción a Jesús y a su Santísima Madre; la que con su sacrificio, muy pocas veces recompensado, imitó a la Santísima Virgen; la que con acierto, a edad temprana me hizo hermano de la Cofradía de mis amores; a la que le debo lo que soy, el estar hoy aquí pregonando la Semana Santa linense. Ciertamente sea este hijo, al igual que otros, incapaz de valorar en toda su grandeza, todo lo que, vosotras madres, habéis hecho y a lo que habéis renunciado por nosotros. Quizá no lleguen vuestros maridos a comprender tantas horas de desvelo, tantas preocupaciones o inquietudes, y lo que es más seguro, que no encontraréis quien, tras Jesús, os recompense más que aquella que compartió con vosotras algo tan maravilloso como es sentirse y ser madre.

Y a vosotras, novias y mujeres de miembros de Juntas de Gobierno, de Juntas Auxiliares, costaleros y cuantos dedican horas y horas a la vida de su Hermandad ¿Qué os voy a decir? Sois vosotras las que con vuestra soledad ante la multitud de reuniones, aportáis vuestra paciencia por los innumerables encuentros, vuestra compañía en los tríduos y misas de Hermandad, vuestra comprensión por lo que sentimos y llevamos dentro, vuestro consuelo ante las dificultades encontradas, vuestro ánimo para seguir adelante con nuestros proyectos e ilusiones; sois vosotras las que os encontráis, a veces, con los platos rotos y no veis en nosotros, hombres de hermandad, la recompensa que os merecéis por vuestro sacrificio y esfuerzo.

Pero sirva como estímulo, para que sigáis abriendo vuestros corazones, esta reflexión que hago en voz alta. Tened por seguro que sois uno de los pilares fundamentales de la Semana Santa, que al igual que en el pasaje evangélico de Marta y María, habéis escogido la mejor parte: la atención, la escucha y el servicio callado. Por ello, a la mujer en general, presentes y ausentes, ...
Gracias.

Quiso el Verbo, entre emociones,
entre el hombre habitar,
buscando sitio en la tierra
en el seno de María,
un lugar,
y por boca de un ángel
un Ave María la vino a saludar.

No temas María
pues es Dios quien a ti llega
para llenarte de Alegría,
de su Gracia eres llena.

Y así concibió,
María, entre Dolores,
la que llamamos Concepción,
de entre las mujeres, la escogida,
para que fuera madre de Dios,
para que a Jesús diera vida.

Siendo Virgen niña,
entre todas la más bella,
faro de Jesús en su infancia,
en todo momento guía y Estrella,
buscando entre juegos de niños
no faltara felicidad,
acunando en su regazo
parte de la Trinidad.

Quiso el hombre con cariño,
colocarla bajo palio,
y en la tarde de un miércoles,
nombrarla su Rosario,
queriéndola con locura,

con Angustia y amor sin igual
que llámese Amargura
o por nombre Soledad,
mi alma no se cansa
al nombrarla mi Esperanza
en la Salud, o la enfermedad.

Quiso el linense, con cariño,
la tradición cultivar,
y en este rincón de la bahía,
La Línea por lugar,
su amor a Cristo y María
en palio y trono plasmar,
al son de cornetas y tambores,
en su andar, sus “chicotás”,
y junto a bambalinas y rosarios
una lágrima derramar.

Quiso este pregonero
a presentes y ausentes anunciar
desde el fondo de su alma
cuál es su sentir y pesar,
pues ha llegado el momento,
momento que cautiva el alma,
momento que paraliza el tiempo,
momento que grita en silencio:
apártese toda álma,
llénese el aire de frescos olores,
porque es, entre dolores,
Cristo y su Madre quien pasa,
porque es ramo de emociones;
así, llega, nuestra Semana Santa.

He dicho.